

partes de doctrinas religiosas, al par que se robustecía en las letras humanas, en cuyo género no tenían rival los jesuitas, sucedieron unos colegios que pintaremos de un solo rasgo, diciendo que d'Alembert fué el encargado de proporcionar el mayor número de profesores. Entonces principiaba á desarrollarse la generacion que produjo la revolucion de 1789: allí fué donde recibió su educacion.

Otro resultado de la destruccion de los jesuitas, dice Mr. de La Mennais (1), fué el debilitar en el pueblo los sentimientos de religion que ellos sabian conservar tan bien con las misiones, con las congregaciones y con todos los medios que una larga esperiencia y un celo tan ardiente como ilustrado les habia podido sugerir. Por do quiera donde hubiese probabilidades de poder hacer un bien de alguna duracion, por do quiera que pudieran difundirse las luces, do quiera hubiese ignorantes ó infieles que instruir, desgraciados que consolar, en una palabra, grandes servicios que hacer á la humanidad y á la Religion, allí estaban de seguro los jesuitas: ninguna orden ha tenido mas mártires. La predicacion evangélica, dice tambien Mr. de San Victor (2), perdió en ellos uno de sus órganos mas elocuentes, y los medios mercenarios que se creyó deber emplear para escitar alguna emulacion en este género, no sirvieron sino para probar que solo el celo y el desinterés son los que pueden formar los oradores sagrados. Desde entonces se ve languidecer todas las misiones nacionales, por las cuales se renovaba en algun modo el aspecto de las diócesis y parroquias, se remediaban los escándalos y se reanimaba el fervor religioso, y cuyos principales y mas diestros obreros eran los jesuitas. Esta falta fué mas sensi-

(1) *Reflexiones sobre el estado de la Iglesia durante el siglo XVIII*, p. 63.

(2) *Cuadro de Paris*, t. 4, p. 2, pag. 351.

ble aún en las misiones extranjeras, que casi puede decirse quedaron completamente arruinadas. La Compañía de Jesus era la que las habia organizado tan admirablemente, y la única que tenia en sus instituciones los medios de mantenerlas florecientes y desarrollar completamente sus progresos en medio de los obstáculos que las rodean.

Tal era esta famosa Compañía, dice Mr. de Bonald, que jamás podrá ser reemplazada sino por ella misma. Objeto de odio para unos, de veneracion y amor para otros, signo de contradiccion entre los hombres, como el Salvador mismo de los hombres, á cuyo servicio se habia consagrado; como él, *pasó haciendo el bien*; y como él, no recogió por recompensa mas que la ingratitud y la proscripcion.

Inmediatamente despues de la destruccion de los jesuitas en Francia, y solo despues de ella (nótese bien esta circunstancia), fué cuando la impiedad rompió todos sus diques, rasgó todos sus velos y atacó á Dios y al cristianismo (1) no oblicuamente, como hasta entonces lo habia hecho, sino de frente. Entonces apareció con todo su brillo el sofista Juan Jacobo Rousseau, el mas elocuente y acaso el mas temible de todos esos profesores de incredulidad, por lo mismo que cubria con un barniz de religiosidad sus ataques contra la Religion, y tranquilizaba hasta cierto punto la conciencia corrompiendo el espíritu y justificando las pasiones; así es que el entusiasmo que hubo por él llegó hasta el fanatismo. Entonces fué cuando Voltaire entró de lleno en aquellos furros impíos que convirtieron su espantosa vejez en una continua locura, y entonces el proyecto de destruir el cristianismo fué públicamente confesado y llevado á ejecucion en cuanto fué posible por este patriarca de los modernos filósofos. Entonces salieron á luz el *Emilio*, la *Nueva Eloisa*, el *Diccionario filosófico*, las

(1) *Cuadro de Paris*, pag. 353-354.

Cartas de la Montaña, el *Sermon de los cincuenta*, el *Testamento de Juan Meslier*, la *Profesion de fé del vicario saboyano*, la *Filosofía de la Historia*, y tantos otros libros con que estos dos hombres, cuyo talento no tenia rival entonces, daban la última mano á la impiedad de una generacion, preparada hacia tanto tiempo para recibir sus funestas lecciones. En esta misma época fué cuando la correspondencia de Ferney tomó mayor actividad y multiplicó en todos los puntos de Francia sus perniciosas relaciones. Ministros, cortesanos, magistrados, nadie temió ya confesar sus relaciones de doctrina y de intereses con la secta filosófica, y ¿quién lo creería? los libros que esta secta producía, denunciados al parlamento y por la mas absurda de las contradicciones condenados algunas veces, circulaban libremente bajo la proteccion del magistrado, que entonces era inspector de la imprenta. Malesherbes, uno de los protectores y admiradores mas decididos de Juan Jacobo Rousseau, expió posteriormente por un acto sublime de abnegacion los graves errores de su carrera administrativa, y su muerte pide perdón para su vida.

Voltaire atacaba á la revelacion, y Juan Jacobo, segun observa Mr. de La Mennais (1), puso en duda la necesidad y hasta la posibilidad de ella. Nacido en el centro del calvinismo, sus obras no son mas que el desenvolvimiento de los principios religiosos de Calvino y de la doctrina política de Jurieu: de este último tomó el dogma anárquico de la soberanía del pueblo, y del otro aprendió á interpretar la Escritura con solo el auxilio de la razon, y su razon solo vió en ella un puro deísmo. Calvino se imaginó un culto sin sacrificio; su discípulo ideó una religion sin culto. Calvino negaba el misterio de la presencia real, porque no podia comprenderlo; Juan Jacobo, mas con-

(1) *Reflex. sobre el est. de la Igles. durante el siglo XVIII*, p. 47-49.

B. del C., tomo XXII.—IX.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VII.

secuente, negó todos los misterios porque todos son igualmente incomprensibles. Subyugado, sin embargo, por la belleza divina del cristianismo, anonadado por sus beneficios, le tributó mas de una vez brillantes homenajes, y halló en su corazon palabras para elogiarlo dignamente. Parece que para ser cristiano basta ser sensible; pues el mismo Rousseau lo es todas las veces que se abandona al sentimiento, y no deja de serlo sino cuando principia á razonar. Entonces sucede que amontonando sofismas sobre sofismas, cae á cada momento en las inconcebibles contradicciones de que con tanta justicia se le ha censurado.

Afiliado bastante tarde á la secta filosófica, conservó siempre con la fé de un Dios la esperanza de un porvenir, y vivificando su ingenio estos dos pensamientos le inspiraron algunas páginas de una noble é interesante elocuencia. Esto es en lo que principalmente se distingue de los escritores ateos, áridos y glaciales como su doctrina. Pero esta elocuencia seductora le hace mucho mas peligroso: inflama y apasiona al lector, y de aquí nace el deplorable entusiasmo de que fué objeto por tanto tiempo, aunque á juzgarle por sus propias confesiones, jamás haya existido un ser mas odioso y despreciable; libertino, embustero, bribon, insociable, ingrato, sin compasion ni aun para con sus propios hijos, que dejó morir friamente en un hospital: tal es el retrato que de sí mismo hace; tal es el hombre que se eleva sobre todos los demas con una naturalidad, digamos mas bien, con una impudencia de orgullo que asombra, si es posible, aún mas que lo que indigna.

Juan Jacobo compuso la *Nueva Heloisa*, el *Contrato social* y el *Emilio*, «hallándose, como él mismo dice, en un estado de efervescencia que duró cerca de seis años, viviendo en un mundo ideal, en el pais de las quimeras y en éxtasis continuos.» Estas tres obras fueron publicadas una en pos de otra.

Las mugeres se prendaron de la *Nueva*

Heloisa, y sin embargo, su autor considera como perdidas á cuantas jóvenes lean esta novela; pero el convencimiento que tenia de la horrible influencia que su libro iba á ejercer, no le impidió publicarlo. Al paso que reprobaba á los que gustasen de él, por una estraña inconsecuencia reprobaba tambien á los que no gustaban de su lectura, y la aconsejaba con la mayor formalidad aun cuando confesaba que era peligrosa. Acaso para salvar estas contradicciones consigo mismo, pretende que la *Nueva Heloisa* no corromperá á nadie; porque es preciso estar ya corrompido para leer páginas tan culpables. Tal vez cree excusarse diciendo que hubiera querido vivir en un siglo en que fuese para él un deber arrojar al fuego aquellos escritos. Pero ¿desde cuándo, le preguntan con irresistible lógica las *Memorias para la Historia eclesiástica del siglo XVIII* (1), desde cuándo es lícito dar pábulo á la corrupcion de los hombres pervertidos, ni halagar el vicio, solo porque se vive en un siglo que se complace en el vicio? ¡Oprobio á Rousseau, que ha sido su pintor apasionado! En ese mismo libro y sin reparar en contradicciones, este hombre extravagante derramó á manos llenas pedantescas disertaciones de moral. Con este motivo Mr. de Barante (2) observa que Rousseau no comprendia la virtud como el resto de los hombres. «No la hacia consistir, dice, en el conocimiento ni en la práctica de sus deberes; al contrario, consideró siempre estos como una cadena. La colocaba en desahogos, en arranques libres y apasionados: ca- mino poco seguro, cuyo peligro ha mostrado él mismo. En efecto, nadie ha profesado la virtud con mas calor ni entusiasmo, y sin embargo su vida fué un tejido de errores y de faltas. La virtud no consiste precisamente en elevar la imaginacion é inflamarse en un

(1) T. 2, p. 425.

(2) De la literatura francesa durante el siglo XVIII.

libro por todo lo que lleva el sello de la sublimidad y nobleza; la virtud consiste en conformarse con las reglas prescritas.»

La *Nueva Heloisa* halagaba las pasiones que con mas actividad corren el corazon humano: el *Contrato social* (1) exaltó las que amenazan con una inminente ruina al edificio de la sociedad. En la naturaleza de esta sociedad y en la naturaleza del hombre intenta Rousseau buscar los principios de las leyes y del gobierno; y vedle ahí, suponiendo un contrato primitivo entre todos los miembros del Estado, estableciendo como principio la soberanía del pueblo, dogma tan fecundo en revoluciones, por ser tan favorable al espíritu de independencia. Habiendo Rousseau nacido de padres protestantes, se hizo católico á los diez y seis años: luego dando mucha menos importancia á los principios religiosos, desde su amistad con los filósofos, volvió al protestantismo durante el viaje que en 1754 hizo á Ginebra; y avergonzado declara haber sido privado de sus derechos de ciudadano por la profesion de otro culto. De aquí provienen los ataques directos é indirectos que el *Contrato social* contiene contra la Religion. Mas lo que verdaderamente no puede menos de llamarse locura, es que al propio tiempo que acusa de intolerancia y de crueldad á la Religion porque prescribe los dogmas que se han de creer, el supuesto filósofo, concediendo al hombre derechos que niega á Dios, quiere que el soberano fije artículos de fé, destierre á quien no los crea, y castigue con pena de muerte al que despues de haberlos aceptado, obra como si no los creyera.

Ni es esto todo. No bastaba á Rousseau coronar con una brillante aureola á las pasiones destructoras de la familia y autorizar con una teoría las pasiones subversivas de la sociedad; necesitaba además de esto, establecer un

(1) Voltaire llamaba á este libro: *Contrato insocial del insociable J. J. Rousseau*.

plan de educacion, que aplicado al niño desde la cuna, le constituyera en estado de hostilidad con sus semejantes; que le educase en el olvido ó en el odio de todas las instituciones sociales; y que enseñándole á no seguir mas reglas que las que él mismo se impusiera y de las cuales no podia luego desprenderse cuando le acomodara, le formase, no para la sociedad, sino contra la sociedad. El *Emilio* es un tratado de educacion el mas quimérico que ningun hombre haya podido concebir, un tejido continuo de sublimidad y sutilezas, de razon y extravagancias, de talento y puerilidad, de Religion y de impiedad, de filantropía y de causticidad. En él se presentan como un problema la creacion del mundo, su eternidad, la unidad de Dios y otras verdades esenciales y reconocidas (1). Enamorado de la ley natural, declara que el solo espectáculo de la naturaleza dice cuanto hay que decir á nuestra conciencia. Exagerando los privilegios de la razon, opina que mandarla someterse es lo mismo que ultrajar á su Autor. Poné en duda la veracidad de los Sagrados libros, las profecias de los dos Testamentos, y los milagros en que se apoya la verdad del cristianismo. No quiere que se enseñe nada á los niños, ni aun las oraciones: deja ignorar á su discipulo que tiene un alma hasta que llega á la edad de quince años, y teme al parecer enseñárselo aun cuando llega á los diez y ocho años. De manera que, prodigando toda su atencion al cuerpo y á sus actos físicos, afecta descuidar la parte mas interesante de nosotros mismos, deja vivir al joven durante muchos años en una profunda ignorancia de sus deberes, le acostumbra á no creer nada, y no le habla despues de Religion mas que para inducirle á no creer ninguna. En una parte de su obra reconoce la existencia de un Dios único; una inteligencia suprema, de quien hemos recibido todo cuan-

(1) *Mem. para la Hist. eccl. del siglo XVIII*, t. 2, p. 426-429.

to tenemos, el ser y el pensamiento: en otra, no concibe la creacion, y juzga que importa poco saber si hay uno ó dos principios de todas las cosas. Considera como inescusable al hombre, que aun hallándose solo y separado de sus semejantes, no supiera leer en el gran libro de la naturaleza, y no aprendiera á conocer y amar á Dios; y en otra parte dice que es imposible que el hombre pueda elevarse hasta el conocimiento del verdadero Dios. Aquí admite el principio de un Ser Supremo, remunerador de los buenos y de los malos, y al que combate esta creencia le considera como perturbador del orden y enemigo de la sociedad que merece ser castigado, y allí dice que la suerte de los malos le importa poco y que juzga como inútil imaginar un infierno en la otra vida. No dirige oraciones á Dios, porque nada tiene que pedirle, y sin embargo quiere que se ore con recogimiento y atencion, teniendo muy presente que se está hablando con el Ser Supremo. Prohibe turbar á las almas pacíficas, y alarmar la fé de los hombres sencillos con dificultades, que en vez de ilustrarlos solo sirven para llenarlos de inquietud, y todo su libro está lleno de rasgos contra la revelacion. Condena á los perturbadores del orden público que incitan á los demas á la desobediencia de las leyes del culto, y su libro no es mas que una infraccion perpétua de esas leyes. Admira los caracteres de la divinidad del Evangelio y la santidad de la vida y de la moral del Hijo de Dios, y un momento despues dice que el Evangelio le parece lleno de cosas que un hombre razonable no puede resolverse á creer. Mas lo que sobre todo llama la atencion en el *Emilio*, es la *Profesion de fé del vicario saboyano*, trozo en que el autor procura emplear todo el calor de su estilo y esa rapidez de ideas que arrebató y seduce. Pinta á un cura católico (por lo menos asi lo llama) que desempeña todas sus funciones sin creer en ellas, que celebra la misa sin admitir ningun misterio, y

pronuncia con el mayor recogimiento palabras que en su concepto carecen de sentido. El autor pone en la boca de este personaje imaginario todas sus objeciones contra la revelacion, y pretende hacernos admirar como el mejor católico que jamás ha existido, como un hombre digno de toda nuestra veneracion, como un modelo de virtud sin hipocresía, á un sacerdote que recita en alta voz oraciones de que en su interior se burla, y que celebra públicamente misterios que reprueba en el fondo de su alma: lo cual seguramente es el carácter más marcado de la hipocresía. Sin embargo, no pocos lectores, seducidos por la magia del estilo, arrastrados por la verbosidad é inflamados por el fuego con que Juan Jacobo escribió este episodio, aceptaron estos brillantes sofismas. ¡Ah! No nos causaremos de decirlo: no hay cosa más peligrosa que las obras en que algunas verdades derramadas aquí y allá, sirven de escusa y de salvoconducto al error: obras en que uno que otro homenaje tributado alguna vez al cristianismo, oculta la perfidia del ataque contra sus sagrados principios. Vacilar en condenar el conjunto de tales libros por consideracion á alguna página en que la verdad del pensamiento se aduna con la belleza de la expresion, es una reserva bastante necia, es una ceguera demasiado profunda. ¿Quién no tiene presente en la memoria aquel elocuente pasage en que Rousseau celebra la doctrina, la vida y la muerte del Hijo de Dios? Aquella magnífica inconsecuencia del autor del *Emilio* no impide que los milagros y profecías que acreditan la mision de Jesucristo, sean rudamente atacadas, y el lector naturalmente hace más caso del ataque que de la apología, porque esta combate sus pasiones y aquella las acaricia. Póngase entre las manos de un jóven la *Profesion de fé del vicario saboyano*, y se empapará en sus sofismas, al paso que leerá sin provecho y con frialdad la bella página siguiente:

«Hijo mio, conserva tu alma en estado de desear siempre que haya un Dios, y nunca dudarás de él.... Huye de aquellos, que con pretesto de explicar la naturaleza, vierten en el corazón del hombre desoladoras doctrinas, y cuyo escepticismo aparente es cien veces más afirmativo y dogmático que el tono decidido de sus adversarios.... Bajo el orgulloso pretesto de que ellos solos son los ilustrados, los verídicos y los de buena fé, nos someten imperiosamente á sus decisiones, y aspiran á darnos por verdaderos principios de las cosas los enmarañados sistemas que ellos se han forjado en su imaginacion. Por lo demás, hollando bajo sus plantas todo lo que los hombres respetan, quitan á los afligidos el postrer consuelo de su miseria, y á los poderosos y ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo del alma el remordimiento del crimen y la esperanza de la virtud, y al mismo tiempo que tales perjuicios nos causan, se proclaman á sí mismos bienhechores del género humano. Jamás, dicen ellos, ha sido perjudicial á los hombres la verdad; así lo creo yo también, y eso es en mi concepto una clara prueba de no ser verdad lo que ellos enseñan.»

Rousseau había visto muy de cerca á los filósofos, y por esa razón hablaba contra ellos de este modo: «Yo consideraba, dice, á todos esos graves escritores, como hombres modestos, sabios, virtuosos é irreprehensibles. Formábame una idea angelical de su trato, y no me hubiera aproximado á la habitacion de uno de ellos sino como á un santuario. Tuve por último ocasion de verlos; y aquella preocupacion mia tan pueril se disipó, y este es el único error de que me han curado.... Vivía yo, sigue diciendo, con unos filósofos modernos, que en verdad nada se asemejaban á los antiguos. En vez de disipar mis dudas y fijar mi irresolucion, no hicieron más que procurar dar al traste con todas las

certezas que yo creía tener sobre los puntos que más me importaba conocer. Pues como ardientes misicneros del ateísmo y muy imperiosos dogmatizadores, no podían oír sin cólera que nadie se atreviese á proponer sobre cualquiera asunto una opinion diferente de la suya.... Ellos no llegaron á persuadirme; pero me llenaron de inquietudes: sus argumentos no me convencían; pero me hacían vacilar en mis creencias.» Rousseau en sus relaciones con aquellos hombres llegó á sorprender el secreto de su táctica, y esto le hace escribir las siguientes líneas: «Uno de los sofismas más comunes del partido filosófico, es presentar el contraste de un pueblo imaginariamente compuesto de buenos filósofos con otro compuesto de malos cristianos.... La irreligion, y en general el espíritu razonador y filosófico da demasiado apego á la vida, afemina y envilece el alma, concentra todas las pasiones en la bajeza del interés individual, en la abyeccion del Yo humano, y destruye sordamente las verdaderas bases de la sociedad.... ¿Qué le importa al supuesto sabio que todo vaya como vaya, con tal que él goce de reposo?.... La indiferencia filosófica se parece á la tranquilidad de un estado bajo la férula del despotismo: es la tranquilidad de la muerte. Es por lo tanto más destructora que la misma guerra. Así el fanatismo, aunque mucho más funesto en sus efectos inmediatos que lo que hoy se llama espíritu filosófico, lo es mucho menos en sus consecuencias. Por otra parte, es muy fácil hacer alarde de buenas máximas en los libros; mas lo que interesa saber es si ellas se acomodan bien á la doctrina, y si se derivan necesariamente de ella, lo cual hasta el presente no se ha visto con claridad. Falta también saber si la filosofía una vez puesta en el trono, sabría refrenar la vanagloria, el interés, la ambición y las demás mezquinas pasiones del hombre, y si practicaría esa dulce humanidad que tanto nos pondera ahora con la

pluma. Según los principios, la filosofía no puede producir bien alguno que la Religión no sea mucho más capaz de hacer, y á su vez la Religión puede producir muchos bienes cuya produccion no está al alcance de la filosofía. Después de haber hablado del bien que el cristianismo ha hecho efectivamente al mundo, al gobierno y á la civilizacion, esclama: «Filósofo, tus leyes morales son muy bellas; pero hazme el favor de decir quién las ha sancionado.» En vista de estos rasgos, cualquiera puede comprender que para refutar los errores de Rousseau, no hay necesidad de recurrir más que á sus propias obras: ningún escritor ha suministrado mejor los medios para batirle con sus propias armas.

El presidente Malesherbes, inspector ó director de la imprenta, que bajo su sobre hacia venir las pruebas de la *Nueva Heloisa* que se estaba imprimiendo en Amsterdam, y hacia hacer en Francia otra edicion de esta obra en beneficio de Rousseau; este magistrado, cuya honradez no pondremos en duda, ofuscado con las ilusiones filosóficas que al último debían convertirse para él en sangrientas realidades, pidió á Juan Jacobo que imprimiera su *Emilio* en Francia, asegurándole que se haría de modo que no hallase dificultades su publicacion. El mismo Rousseau revela esta complicidad de Malesherbes cuando dice: «Yo por mi parte le debo las mayores obligaciones por la facilidad que me ha dispensado en lo tocante á la censura, y me consta que en más de una ocasion ha tratado mal á los que escribían contra mí (1).» Hicieronse, pues, á un mismo tiempo, dos ediciones del *Emilio*, una en Holanda y otra en Paris, por la proteccion y casi á la vista del director de la imprenta ó librería. El episodio del vicario saboyano, tanto más peligroso cuanto más atractivo es su estilo, parecia á este magistrado una pieza escrita para merecer la aprobacion de todo el

(1) *Confesiones*, part. 2.